



El Sacrosanto misterio de la Eucaristía: Misterio pascual

Nuestro Salvador, en la Última Cena, la noche que le traicionaban, instituyó el Sacrificio Eucarístico de su Cuerpo y Sangre, con lo cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el Sacrificio de la Cruz y a confiar a su Esposa, la Iglesia, el Memorial de su Muerte y Resurrección: sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual, en el cual se come a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria venidera.

Participación activa de los fieles

La Iglesia, con solícito cuidado, procura que los cristianos no asistan a este misterio de fe como extraños y mudos espectadores, sino que comprendiéndolo bien a través de los ritos y oraciones, participen consciente, piadosa y activamente en la acción sagrada, sean instruidos con la palabra de Dios, se fortalezcan en la

mesa del Cuerpo del Señor, den gracias a Dios, aprendan a ofrecerse a sí mismos al ofrecer la hostia inmaculada no sólo por manos del sacerdote, sino juntamente con él, se perfeccionen día a día por Cristo mediador en la unión con Dios y entre sí, para que, finalmente, Dios sea todo en todos.

Concilio Vaticano II

Relato de la Institución de la Eucaristía

Cuando llegó la hora, Jesús y sus discípulos se sentaron a la mesa.

Jesús les dijo: He deseado muchísimo comer con ustedes esta Pascua, antes de que yo sufra y muera. Porque les aseguro que ya no celebraré más esta cena hasta el día en que comamos todos juntos en el gran banquete del reino de Dios.

Luego tomó una copa con vino, le dio gracias a Dios y dijo: Tomen esto y compártanlo entre ustedes. Porque les aseguro que desde ahora no beberé más vino, hasta que llegue el reino de Dios.



También tomó pan y le dio gracias a Dios; luego lo partió, lo dio a sus discípulos y les dijo: Esto es mi cuerpo que ahora es entregado en favor de ustedes. De ahora en adelante, celebren esta cena y acuérdense de mí cuando partan el pan.

Cuando terminaron de cenar, Jesús tomó otra copa con vino y dijo: Este vino es mi sangre derramada en favor de ustedes. Con ella, Dios hace un nuevo pacto con ustedes.

Lucas 22, 14-21

EMAÚS

En el camino de nuestras dudas e inquietudes,
y a veces de nuestras amargas desilusiones,
el divino Caminante sigue haciéndose nuestro compañero
para introducirnos, con la interpretación de las Escrituras,



en la comprensión de los misterios de Dios.
Cuando el encuentro llega a su plenitud,
a la luz de la Palabra se añade la que brota
del Pan de vida,
con el cual Cristo cumple a la perfección
su promesa de estar con nosotros todos
los días hasta el fin del mundo
(cf. Mt 28,20).

Acción de gracias

Un elemento fundamental de este «proyecto» aparece ya en el sentido mismo de la palabra «eucaristía»: acción de gracias.

En Jesús, en su sacrificio, en su sí incondicional a la voluntad del Padre, está el sí, el gracias, el amén de toda la humanidad.

La Iglesia está llamada a recordar a los hombres esta gran verdad.

Es urgente hacerlo sobre todo en nuestra cultura secularizada, que respira el olvido de Dios y cultiva la vana autosuficiencia del hombre.

Encarnar el proyecto eucarístico en la vida cotidiana, donde se trabaja y se vive —en la familia, la escuela, la fábrica y en las diversas condiciones de vida—, significa, además, testimoniar que la realidad humana no se justifica sin referirla al Creador: “Sin el Creador la criatura se diluye».

Esta referencia trascendente, que nos obliga a un continuo dar gracias —justamente a una actitud eucarística— por todo lo que tenemos y somos, no perjudica la legítima autonomía de las realidades terrenas, sino que la sitúa en su auténtico fundamento, marcando al mismo tiempo sus propios límites.

En este Año de la Eucaristía los cristianos se han de comprometer más decididamente a dar testimonio de la presencia de Dios en el mundo.

No tengamos miedo de hablar de Dios ni de mostrar los signos de la fe con la frente muy alta.

La «cultura de la Eucaristía» promueve una cultura del diálogo, que en ella encuentra fuerza y alimento.

Se equivoca quien cree que la referencia pública a la fe menoscaba la justa autonomía del Estado y de las instituciones civiles, o que puede incluso fomentar actitudes de intolerancia.

Si bien no han faltado en la historia errores, inclusive entre los creyentes, esto no se debe a las raíces cristianas, sino a la incoherencia de los cristianos con sus propias raíces. Quien aprende a decir gracias como lo hizo Cristo en la cruz, podrá ser un mártir, pero nunca será un torturador

Un solo Pan, un solo Cuerpo

La especial intimidad que se da en la **comunión** eucarística no puede comprenderse adecuadamente ni experimentarse plenamente fuera de la comunión eclesial.

La Iglesia es el cuerpo de Cristo: se camina **con Cristo» en la medida en que se está en relación «con su cuerpo.**

Para crear y fomentar esta unidad Cristo envía el Espíritu Santo.

Y Él mismo la promueve mediante su presencia eucarística.

Es precisamente el único Pan eucarístico el que nos hace un solo cuerpo.

El apóstol Pablo lo afirma: **Un solo pan y un solo cuerpo somos, pues**

Misterio de luz

Les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura (Lc 24,27)

El relato de la aparición de Jesús resucitado a los dos discípulos de Emaús nos ayuda a enfocar un primer aspecto del misterio eucarístico que nunca debe faltar en la devoción del Pueblo de Dios: **¡La Eucaristía misterio de luz!**

Jesús se presentó a sí mismo como la «luz del mundo» (Jn 8,12), y esta característica resulta evidente en aquellos momentos de su vida, como la Transfiguración y la Resurrección, en los que resplandece claramente su gloria divina.

En la Eucaristía, sin embargo, la gloria de Cristo está velada. El Sacramento eucarístico es un **misterio de fe** por excelencia.

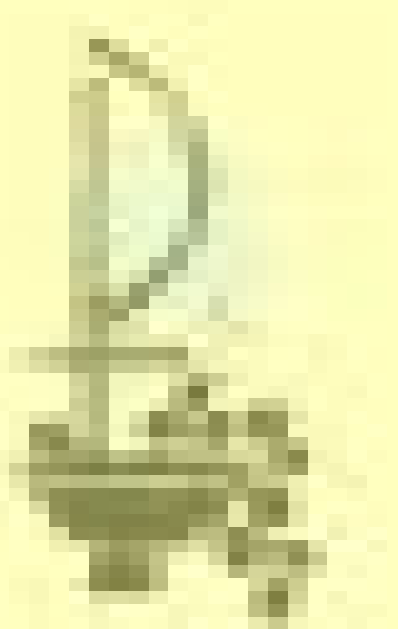
Pero, precisamente a través del misterio de su ocultamiento total, Cristo se convierte en misterio de luz, gracias al cual se introduce al creyente en las profundidades de la vida divina.

La Eucaristía es luz, ante todo, porque en cada Misa la liturgia de la Palabra de Dios precede a la liturgia eucarística, en la unidad de las dos «mesas», la de la Palabra y la del Pan.

Esta continuidad aparece en el discurso eucarístico del Evangelio de Juan, donde el anuncio de Jesús pasa de la presentación fundamental de su misterio a la declaración de la dimensión propiamente eucarística: **Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida (Jn 6,55).**

Sabemos que esto fue lo que puso en crisis a gran parte de los oyentes, llevando a Pedro a hacerse portavoz de la fe de los otros Apóstoles y de la Iglesia de todos los tiempos: **Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna (Jn 6,68).**

En la narración de los discípulos de Emaús Cristo mismo interviene para enseñar, **comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas**, cómo «toda la Escritura» lleva al misterio de su persona (cf. Lc 24,27). Sus palabras hacen arder los corazones de los discípulos,



los sacan de la oscuridad de la tristeza y desesperación y suscitan en ellos el deseo de permanecer con Él: **Quédate con nosotros, Señor (cf. Lc24,29).**

todos participamos de un solo pan (1 Co 10,17).

En el misterio eucarístico Jesús edifica la Iglesia como comunión, según el supremo modelo expresado en la **oración sacerdotal:**

Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado (Jn 17,21).

La Eucaristía es fuente de la unidad eclesial y, a la vez, su máxima **manifestación.**

La Eucaristía es **epifanía de comunión.**

Por ello la Iglesia establece ciertas condiciones para poder participar de manera plena en la Celebración eucarística.

Son exigencias que deben hacernos tomar conciencia cada vez más cla-

ra de **cuán exigente es la comunión que Jesús nos pide.**

Es comunión **jerárquica**, basada en la conciencia de las distintas funciones y ministerios, recordada también continuamente en la plegaria eucarística al mencionar al Papa y al Obispo diocesano.

Es comunión **fraterna**, cultivada por una **espiritualidad de comunión** que nos mueve a sentimientos recíprocos de apertura, afecto, comprensión y perdón.

Fracción del Pan

La fracción del pan,
como al principio se llamaba a la Eucaristía,
ha estado siempre en el centro de la vida de la Iglesia.

Por ella, Cristo hace presente a lo largo de los siglos
el misterio de su muerte y resurrección.

En ella se le recibe a Él en persona,
como pan vivo que ha bajado del cielo (Jn 6,51),
y con Él se nos da la prenda de la vida eterna,
gracias a la cual se pregusta el banquete eterno en la Jerusalén celeste.

Sacrificio

El banquete eucarístico tiene también un sentido profunda y primordialmente sacrificial.

En él Cristo nos presenta el sacrificio ofrecido una vez por todas en el Gólgota.

Aun estando presente en su condición de resucitado, Él muestra las señales de su pasión, de la cual cada Santa Misa es su memorial, como nos recuerda la Liturgia con la aclamación después de la consagración: Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección....

Al mismo tiempo, mientras actualiza el pasado, la Eucaristía nos proyecta hacia el futuro de la última venida de Cristo, al final de la historia.

Este aspecto escatológico da al Sacramento eucarístico un dinamismo que abre al camino cristiano el paso a la esperanza.

Banquete

El aspecto más evidente de la Eucaristía es el de banquete. La Eucaristía nació la noche del Jueves Santo en el contexto de la cena pascual.

Por tanto, conlleva en su estructura el sentido del convite: Tomad, comed... Tomó luego una copa y... se la dio diciendo: Bebed de ella todos... (Mt 26,26.27).

Este aspecto expresa muy bien la relación de comunión que Dios quiere establecer con nosotros y que nosotros mismos debemos desarrollar recíprocamente.

Signos

Lo reconocieron al partir el pan (Lc 24,35)

Es significativo que los dos discípulos de Emaús, oportunamente preparados por las palabras del Señor, lo reconocieran mientras estaban a la mesa en el gesto sencillo de la fracción del pan.

Una vez que las mentes están iluminadas y los corazones enfervorizados, los signos hablan.

La Eucaristía se desarrolla por entero en el contexto dinámico de signos que llevan consigo un mensaje denso y luminoso.

A través de los signos, el misterio se abre de alguna manera a los ojos del creyente.

El hombre está siempre tentado a reducir a su propia medida la Eucaristía, mientras que en realidad es él quien debe abrirse a las dimensiones del Misterio. La Eucaristía es un don demasiado grande para admitir ambigüedades y reducciones.

Fuente y Epifanía de Comunión

Permanezcan en mí, y yo en ustedes (Jn 15,4)

Cuando los discípulos de Emaús le pidieron que se quedara con ellos, Jesús contestó con un don mucho mayor.

Mediante el sacramento de la Eucaristía encontró el modo de quedarse en ellos.

Recibir la Eucaristía es entrar en profunda comunión con Jesús.

Permaneced en mí, y yo en vosotros (Jn 15,4).

Esta relación de íntima y recíproca permanencia nos permite anticipar en cierto modo el cielo en la tierra.

¿No es quizás éste el mayor anhelo del hombre?

¿No es esto lo que Dios se ha propuesto realizando en la historia su designio de salvación?

Él ha puesto en el corazón del hombre el hambre de su Palabra (cf. Am 8,11), un hambre que sólo se satisfará en la plena unión con Él.

Se nos da la comunión eucarística para saciarnos de Dios en esta tierra, a la espera de la plena satisfacción en el cielo.

El día del Señor

En la Misa dominical es donde los cristianos reviven de manera particularmente intensa la experiencia que tuvieron los Apóstoles la tarde de Pascua, cuando el Resucitado se les manifestó estando reunidos (cf. Jn 20,19).

En aquel pequeño núcleo de discípulos, primicia de la Iglesia, estaba en cierto modo presente el Pueblo de Dios de todos los tiempos.

Celebrar, adorar, contemplar

¡Gran misterio la Eucaristía!
Misterio que ante todo debe ser **celebrado bien**.

Es necesario que la Santa Misa sea el centro de la vida cristiana y que en cada comunidad se haga lo posible por celebrarla decorosamente, según las normas establecidas, con la participación del pueblo, la colaboración de los diversos ministros en el ejercicio de las funciones previstas para ellos, y cuidando también el aspecto sacro que debe caracterizar la **música litúrgica**.

El modo más adecuado para profundizar en el misterio de la salvación realizada a través de los signos es seguir con fidelidad el proceso del año litúrgico.

Los Pastores deben dedicarse a la **catequesis «mistagógica»**, tan valorada por los Padres de la Iglesia, la cual ayuda a descubrir el sentido de los gestos y palabras de la Liturgia, orientando a los fieles a pasar de los signos al misterio y a centrar en él toda su vida.

Hace falta fomentar, tanto en la celebración de la Misa como en el culto eucarístico fuera de ella, **la conciencia viva de la presencia real de Cristo**,

tratando de testimoniarla con el tono de la voz, con los gestos, los movimientos y todo el modo de comportarse.

A este respecto, las normas recuerdan el relieve que se debe dar a los momentos de silencio, tanto en la celebración como en la adoración eucarística.

Es necesario que la manera de tratar la Eucaristía por parte de los ministros y de los fieles exprese el máximo respeto.

La presencia de Jesús en el tabernáculo ha de ser como **un polo de atracción** para un número cada vez mayor de almas enamoradas de Él, capaces de estar largo tiempo como escuchando su voz y sintiendo los latidos de su corazón.

¡Gustad y ved qué bueno es el Señor! (Sal 33,9).

La adoración eucarística fuera de la Misa debe ser durante este año un objetivo especial para las comunidades religiosas y parroquiales.

Postrémonos largo rato ante Jesús presente en la Eucaristía,

reparando con nuestra fe y nuestro amor los descuidos, los olvidos e incluso los ultrajes que nuestro Salvador padece en tantas partes del mundo.

Profundicemos nuestra contemplación personal y comunitaria en la adoración, con la ayuda de reflexiones y plegarias centradas siempre en la Palabra de Dios

y en la experiencia de tantos místicos antiguos y recientes.

El Rosario mismo, considerado en su sentido profundo, bíblico y cristocéntrico, puede ser una ayuda adecuada para la contemplación eucarística,

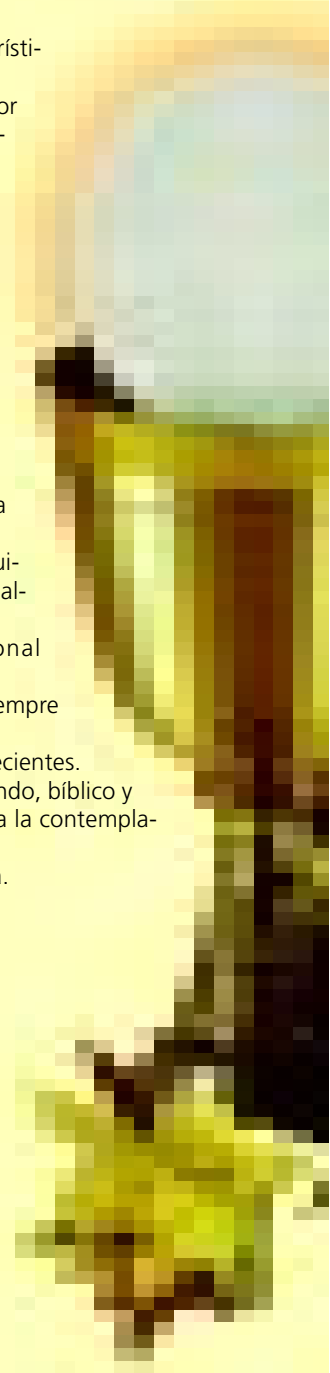
hecha según la escuela de María y en su compañía.

Un solo corazón y una sola alma

(Hch 4,32)

En cada Santa Misa nos sentimos interpelados por el ideal de comunión que el libro de los Hechos de los Apóstoles presenta como modelo para la Iglesia de todos los tiempos.

La Iglesia congregada alrededor de los Apóstoles, convocada por la Palabra de Dios, es capaz de compartir no sólo lo que concierne los bienes espirituales, sino también los bienes materiales (cf. Hch 2,42- 47; 4,32-35).



Principio y Proyecto de “Misión”

Levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén

(Lc 24,33)

Los dos discípulos de Emaús, tras haber reconocido al Señor, se levantaron al momento (Lc 24,33) para ir a comunicar lo que habían visto y oído.

Cuando se ha tenido verdadera experiencia del Resucitado, alimentándose de su cuerpo y de su sangre, no se puede guardar la alegría sólo para uno mismo.

El encuentro con Cristo, profundizado continuamente en la intimidad eucarística, suscita en la Iglesia y en cada cristiano **la exigencia de evangelizar y dar testimonio**.

El Apóstol Pablo relaciona íntimamente el banquete y el anuncio: entrar en comunión con Cristo en el memorial de la Pascua significa experimentar al mismo tiempo el deber de ser misioneros del acontecimiento actualizado en el rito.

La despedida al finalizar la Misa es como **una consigna** que impulsa al cristiano a comprometerse en la propagación del Evangelio y en la animación cristiana de la sociedad.

La Eucaristía no sólo proporciona la fuerza interior para dicha misión, sino también, en cierto sentido, su **proyecto**.

En efecto, la Eucaristía es un modo de ser que pasa de Jesús al cristiano y, por su testimonio, tiende a irradiarse en la sociedad y en la cultura.

Para lograrlo, es necesario que cada fiel asimile, en la meditación personal y comunitaria, los valores que la Eucaristía expresa, las actitudes que inspira, los propósitos de vida que suscita.

Homilía

Es Cristo mismo quien habla cuando en la Iglesia se lee la Escritura.

La homilía, como parte de la Liturgia misma, está destinada a ilustrar la Palabra de Dios y actualizarla para la vida cristiana.

No basta que los fragmentos bíblicos se proclamen en una lengua conocida si la proclamación no se hace con el cuidado, preparación previa, escucha devota y silencio meditativo, tan necesarios para que la Palabra de Dios toque la vida y la ilumine.

Presencia real

Yo estoy con ustedes todos los días (Mt 28,20)

Todos estos aspectos de la Eucaristía confluyen en lo que más pone a prueba nuestra fe: **el misterio de la presencia «real»**.

Junto con toda la tradición de la Iglesia,

nosotros creemos que bajo las especies eucarísticas está realmente presente Jesús.

Una presencia que se llama **real** no por exclusión,

como si las otras formas de presencia no fueran reales,

sino por antonomasia,

porque por medio de ella Cristo se hace sustancialmente presente en la realidad de su cuerpo y de su sangre.

Por esto la fe nos pide que, ante la Eucaristía, seamos conscientes de que estamos ante Cristo mismo.

Precisamente su presencia da a los diversos aspectos —banquete, memorial de la Pascua, anticipación escatológica— un alcance que va mucho más allá del puro simbolismo.

La Eucaristía es misterio de presencia,

a través del que se realiza de modo supremo la promesa de Jesús de estar con nosotros hasta el final del mundo.

Camino de solidaridad

La Eucaristía no sólo es expresión de comunión en la vida de la Iglesia; es también proyecto de solidaridad para toda la humanidad.

En la celebración eucarística la Iglesia renueva continuamente su conciencia de ser signo e instrumento no sólo de la íntima unión con Dios, sino también de la unidad de todo el género humano. La Misa, aun cuando se celebre de manera oculta o en lugares recónditos de la tierra, tiene siempre un carácter de universalidad.

El cristiano que participa en la Eucaristía aprende de ella a ser promotor de comunión, de paz y de solidaridad en todas las circunstancias de la vida.

La imagen lacerante de nuestro mundo, que ha comenzado el nuevo Milenio con el espectro del terrorismo y la tragedia de la guerra, interpela más que nunca a los cristianos a vivir la Eucaristía como una gran escuela de paz, donde se forman hombres y mujeres que, en los diversos ámbitos de responsabilidad de la vida social, cultural y política, sean artesanos de diálogo y comunión.

Al servicio de los últimos

La participación en la Eucaristía celebrada en la comunidad impulsa a un compromiso activo en la edificación de una sociedad más equitativa y fraterna.

Nuestro Dios ha manifestado en la Eucaristía la forma suprema del amor, trastocando todos los criterios de dominio, que rigen con demasiada frecuencia las relaciones humanas, y afirmando de modo radical el criterio del servicio: Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos (Mc 9,35).

No es casual que en el Evangelio de Juan no se encuentre el relato de la institución eucarística, pero sí el lavatorio de los pies (cf. Jn 13,1-20): inclinándose para lavar los pies a sus discípulos, Jesús explica de modo inequívoco el sentido de la Eucaristía.

A su vez, san Pablo reitera con vigor que no es lícita una celebración eucarística en la cual no brille la caridad, corroborada al compartir efectivamente los bienes con los más pobres (cf. 1 Co 11,17-22.27-34).

¿Por qué, pues, no hacer de este Año de la Eucaristía un tiempo en que las comunidades diocesanas y parroquiales se comprometan especialmente a afrontar con generosidad fraterna alguna de las múltiples pobrezas de nuestro mundo?

Pienso en el drama del hambre que atormenta a cientos de millones de seres humanos, en las enfermedades que flagelan a los Países en desarrollo, en la soledad de los ancianos, la desazón de los desempleados, el trasiego de los emigrantes.

Se trata de males que, si bien en diversa medida, afectan también a las regiones más opulentas.

No podemos hacernos ilusiones: por el amor mutuo y, en particular, por la atención a los necesitados se nos reconocerá como verdaderos discípulos de Cristo (cf. Jn 13,35; Mt 25,31-46).

En base a este criterio se comprobará la autenticidad de nuestras celebraciones eucarísticas.



Estupor ante el misterio Eucarístico

Un fruto del año eucarístico esperado por el Papa, se decía la vez pasada, es renovar el estupor ante el misterio eucarístico. Oh, Dios mío, esto es demasiado mayor que nosotros: sé tu sólo, por favor, responsable de esta enormidad. Así Paul Claudel expresa, como poeta, su estupor frente a la Eucaristía.

El peligro más grave que corre la Eucaristía es el acostumbramiento, darla por descontado y por lo tanto banalizarla. Sucede que cada tanto se vuelve a oír entre nosotros el grito de Juan Bautista: «En medio de vosotros está uno a quien no conocéis» (Jn 1,26). Nos horroizamos justamente de las noticias de tabernáculos violados, copones robados para fines execrables. Tal vez de ellos Jesús repite lo que dijo de los que le crucificaban: No saben lo que hacen, pero lo que más le entristece es quizá la frialdad de los suyos. A ellos —o sea, a nosotros— les repite las palabras del salmo: Si todavía un enemigo me ultrajara, podría soportarlo...; pero tú, mi compañero, mi amigo y confidente (Sal 54,13-14). En las revelaciones a Santa Margarita María de Alacoque, Jesús no se lamentaba tanto de los pecados de los ateos del tiempo como de la indiferencia y frialdad de las almas a él consagradas.

El Señor se sirvió de una mujer no creyente para hacerme entender qué debería experimentar uno que se tomara la Eucaristía en serio. Le había dado a leer un libro sobre este tema, al verla interesada sobre el problema religioso, aunque era atea. Tras una semana, me lo devolvió diciéndome: Usted no me puso entre las manos un libro, sino una bomba... ¿Pero se da cuenta de la enormidad del tema? Según lo que está aquí escrito, bastaría abrir los ojos para descubrir que existe todo un mundo diferente en torno a nosotros; que la sangre de un hombre muerto hace dos mil años nos salva a todos. ¿Sabe que al leerlo me temblaban las piernas y a cada rato debía dejar de leerlo y levantarme? Si esto es cierto, cambia todo.

Junto al gozo de ver que la semilla no había sido echada en vano, al oírla experimentaba una gran sensación de humillación y vergüenza. Yo había recibido la comunión pocos minutos antes, pero no me temblaban las piernas. No estaba del todo equivocado aquel ateo que dijo un día a un amigo creyente: «Si yo pudiera creer que en aquella hostia está verdaderamente el Hijo de Dios, como decís vosotros, creo que caería de rodillas y no me levantaría nunca más».

Raniero Cantalamessa

¿Qué es para mí la Eucaristía?

Provengo de una familia católica tradicional, en la cual Dios ocupa un lugar muy importante, pero la Iglesia no tanto. De este modo la Misa no es considerada necesaria. En el colegio católico en que estudié, aprendí a ver las cosas de una manera diferente. La prepara-

ción a mi primera comunión me ayudó a descubrir a un Jesús que me da a comer a sí mismo para que pueda dar de comer a otros. La celebración eucarística dominical se volvió importante en mi vida. Descubrí que no tenía sentido comulgar sin vida comunitaria y sin un compromiso apostólico concreto. Me costó un poco que mi familia entendiera ésto, pero creo que se dieron cuenta de que sólo así era feliz.



Nyree Guerrero

En mi adolescencia fui descubriendo a un Dios que se parte para que yo me comparta con los demás. De una asistencia a la misa porque Dios se lo merecía o porque sería desagradecida con Él si no lo hacía pasé a asistir porque tenía necesidad de alimentarme de Él.

Durante los últimos años de mi carrera universitaria tenía poco tiempo libre. Eso me llevó a alejarme de mi comunidad y de mi apostolado. Fue entonces que la misa diaria pasó a ser indispensable para mí. Tuve que hacer malabares para asistir frecuentemente a su celebración, que la necesitaba.

La experiencia de ser ahora ministra extraordinaria de la comunión me ha hecho sentir la necesidad de dejar de ser yo para comenzar a ser Él un poco más cada día. Muchas veces no lo logro, pero no me doy por vencida.

En cierta ocasión acepté un trabajo que no me dejaba tiempo para Él, y mi vida se volvió pesada, intranquila, triste. Decidí que no era esa la calidad de vida que quería, así que renuncié a mi empleo y volví al anterior.

Alguien me dijo hace poco que, a pesar de los problemas y dificultades que yo estaba experimentando, lo tenía todo, y que no me hacía falta nada porque lo tenía a Él. Tenía razón, porque por Él puedo sonreír a pesar de que a veces tenga motivos para llorar. Me mantengo serena y en paz en medio de mis muchas dificultades.

Él es la razón de mi vida.

Nyree Guerrero, salvadoreña, médico, 30 años
cooperadora salesiana

Alma de Cristo

Alma de Cristo, santifícame.
Cuerpo de Cristo, sálvame.
Sangre de Cristo, lávame.
Agua del costado de Cristo, lávame.
Pasión de Cristo, confórtame.

Oh, mi buen Jesús, óyeme.
Dentro de tus llagas escóndeme.
Del maligno enemigo defiéndeme.
No permitas que me separe de ti.
En la hora de mi muerte llámame

y mándame ir a ti
para que con tus santos te alabe
por los siglos de los siglos.
Amén

Se puede decir que en mi familia somos ecuménicos, ya que pertenecemos a diferentes religiones. Cuando era niño me llevaban a la escuela dominical evangélica y la pasaba bien aprendiendo acerca de ese gran personaje llamado Jesús. En la escuela nos llevaban a misa cada primer viernes de mes. A todos nos gustaba asistir, sobre todo porque salíamos de la rutina de las aulas. Pero me impactaban los muchos detalles de la celebración: las imágenes, el sonido de la campana, la persona que hablaba al frente y se vestía de varios colores. Era una celebración llena de misterio.

En 1998, cuando cursaba mis últimos años de bachillerato, recuerdo un día de lluvia particularmente fuerte; era el comienzo del huracán Mitch, que hizo estragos. Junto a mi casa estaba cantando un grupo católico y me interesó su música. Terminé incorporándome en un ministerio musical que animaba los domingos por la mañana y la hora santa de los jueves.

Colaboré un año en ese grupo, pero sentí que debía crecer más espiritualmente. Con la ayuda de un amigo ingresé en el Movimiento Juvenil Salesiano. Allí encajé perfectamente, dado su estilo juvenil original. Terminé incorporándome en las actividades litúrgicas, entre las cuales estaba la misa diaria.

Una necesidad, no una obligación

La Eucaristía se ha vuelto una necesidad en mi vida, no una obligación. Son sorprendentes los cambios que han surgido en mi persona al descubrir cada día en la comunión el misterio de fe en Cristo presente en cuerpo, sangre, alma y divinidad.



Maudy Jael
Gómez García

Esta experiencia de Cristo que viene a mí en cada celebración eucarística me motiva ayudar a otros a que descubran esta riqueza. En particular, me intereso porque los niños vivan esta experiencia positiva. Por eso presto mi servicio como catequista para la primera comunión.

Por otro lado, el encuentro en cada eucaristía, que es siempre diferente, me ha llevado a comprometerme cada día más con Cristo y de allí brota mi nuevo servicio: Ministra extraordinaria de la eucaristía. Este servicio ha estimulado mi vida sacramental y el testimonio de vida, Además renueva mi compromiso en la Iglesia, que me ha encargado esta responsabilidad.

Maudy Jael Gómez García, Panamá, 32 años,
ministra extraordinaria de la eucaristía, catequista, misionera

Esta participación en la celebración eucarística diaria ha llegado a ser una experiencia riquísima. Me ha ayudado a conocer mejor a Jesús, que nos invita a seguirlo. Comprendo cada vez mejor que debo convertirme en hostia viviente para alimentar el hambre espiritual.

Luis Elvir, Honduras.

